

Crónica de la semana

LA HORA DE LA FORTALEZA

CREO, sinceramente, que el Estado democrático ha comenzado a ganarle la partida al terrorismo etarra, invirtiendo así la tendencia negativa de los últimos tiempos. Esta afirmación puede parecer un tanto extraña: ningún activista ha sido capturado o muerto recientemente en suelo español y aun está fresca, en cambio, en nuestra memoria colectiva, la sangre de las víctimas de las bombas de Atocha, Chamartín y Barajas y de los agentes del orden asesinados ese mismo fin de semana. Los acontecimientos subsiguientes están, sin embargo, demostrando que en el nuevo marco político creado a raíz de la aprobación del Estatuto, a la ETA le va a ser muy difícil protagonizar ningún atentado sin que su propia credibilidad ante el pueblo vasco salga seriamente dañada.

Gracias al efecto balsámico del pacto Garaicoechea-Suárez, la «patata caliente» de las «contradicciones internas» ha cambiado de campo. Al estilo de esas secuencias del cine cómico en las que la dinamita siempre termina en el bolsillo trasero del pantalón del truhán que pretendía atacar a otro, la ETA debe ahora afrontar la misma crisis de identidad, el mismo debate interno, la misma crispación antiadora que durante toda la transición ha tratado de provocar en la sociedad española.

Desde hace unas semanas el panorama se ha ensombrecido drásticamente para los apóstoles de la lucha armada. En el frente internacional los cabos de occidente están quedando bien atados. Que no esperen, por ejemplo, los terroristas el menor gesto no ya de simpatía, sino tan siquiera de comprensión por parte de los senadores Frank Church y Paul Laxalt, amigos tradicionales de la causa vasca. Tras sus entrevistas con los ucedistas Rupérez y Alvarez de Miranda, ambos esperan la visita que Arnallus y compañía les harán en el otoño con la conciencia de que lo mejor que pueden hacer por el País Vasco es contribuir a su reconstrucción económica, alentando a unos cuantos inversores norteamericanos. Cuando el «Herald Tribune» propugna en un editorial la intensificación de la cooperación entre los servicios secretos del mundo atlántico y el Gobierno de Madrid no lo hace, por otra parte, a humo de pajas. El incremento de esta colaboración es ya una realidad tangible día a día.

CASTELLS Y LOS «HARKIS»: «MISTER X» HA TOMADO NOTA

En el frente interior la ETA empieza a notar el desmoronamiento de su tinglado de apoyo. Las estructuras del «conglomerado» persisten intactas pero cada vez es menor el número de ciudadanos que circulan a través de ellas. Dentro del juego de las fuerzas políticas, Herri Batasuna, empeñada en suscitar en cada Ayuntamiento cuestiones tan peregrinas como el apoyo a la causa nicaragüense, ignorando, en cambio, si funciona o no el servicio de alcantarillado, se halla envuelta en una densa nube de desprestigio. Euskadiko Ezkerra ha comprendido la necesidad de distanciarse de ETA, emplazando a los «polimilis» ante el bochornoso muro de la autocritica con una contundencia que ni siquiera se había atrevido a usar el PNV. La UCD ya no es el enemigo común de todos los partidos vascos: buena prueba de cómo han cambiado las cosas es el hecho de que el Consistorio de Bilbao avalara el pasado jueves por 21 votos contra 5 una moción del partido del Gobierno en contra de la violencia.

Incluso en el plano de la acción policial las cosas son distintas. A falta de detenciones espectaculares —en Sorja apenas si hay ningún dirigente destacado—, el Gobierno cada vez tiene más información sobre la estructura y los movimientos de

ETA. El número de acciones abortadas mediante la adopción de precauciones disuasorias ha sido en los últimos meses muy grande. Aunque la hostilidad de una parte del pueblo vasco hacia las FOP no puede desvanecerse de la noche a la mañana, en algunos ambientes nacionalistas empieza ya a abrirse camino la tesis según la cual la Guardia Civil y la Policía Armada no defiende otra cosa sino el «statu quo», el «orden establecido» y, como el marco jurídico que al menos potencialmente ahora lo define es el Estatuto de Guernica, hay que pensar que cada agente muerto es, de alguna manera, un caído al servicio de la autonomía vasca. Las cosas estarán definitivamente claras para el resto de la población el día en que deba ser enterrado, envuelto en la «kurrina», el primer policía autóctono víctima del terrorismo. En algún lugar de Euskalherria el jefe de los «ertzainak» peneuvistas, un misterioso personaje al que todos llaman «Mister X», ha tomado, por cierto, buena nota de la insultante comparación del senador Castells, asimilando el futuro Cuerpo de seguridad del Consejo General Vasco a los «harkis» argelinos que colaboraban con los franceses.

GARAICOECHEA, UN «LENDAKARI» INTEGRADOR

Buena parte del mérito de este progresivo aislamiento de ETA, palpable a todos los niveles, lo tiene el «lendakari» Garaicoechea. Desde el mismo día que lo conocí, hace ya años, embutido en su «kaiku» verdinegro en un decadente «pub» de Pamplona, comprendí que era un gran intuitivo. Creo que la mayoría de los observadores han minusvalorado la personalidad de Garaicoechea en el espectacular pulso que fueron las negociaciones de la Moncloa. Esta semana su comportamiento ha sido admirablemente integrador. Garaicoechea no podía presentarse en el País Vasco, codo con codo con el Gobierno de



TRAS LAS BOMBAS DEL DOMINGO, EL TERRORISMO TELEFONICO DEL LUNES

La estrategia terroristica al no optar en una única acción por un solo golpe al se graba en un solo golpe de acciones «chamadas» de controlación directa de la comunicación de voz y vídeo. Después de la bomba del domingo, trágicamente seguida por las bombas de la del sábado, se ha visto con la sorpresa de cuatro periodistas del Ordoz, que volvió a pelear Madrid la acción terrorista, pero esta vez por medio de falsas alarmas sobre artefactos explosivos, supuestamente colocados en medio de transporte público. En la foto inferior el público en la estación Sur de Madrid se apresura al momento de salir. La aparición de los periodistas del Ordoz y la presencia de otros fueron la misma noticia simultánea en la mañana de ayer. Amplia información en página del sábado.



Madrid, como el exterminador de ningún sector ciudadano. Ni tan siquiera de aquel que apoya la lucha armada. Garaicoechea tenía que llegar, como ha llegado, con la mano tendida y la palabra «reconciliación» en los labios. Estoy seguro de que muchos votantes de Herri Batasuna van a apreciar este gesto de buena voluntad y a rectificar consecuentemente su rumbo político.

Reconciliación no es sinónimo de amnistía. Para Garaicoechea lo más cómodo hubiera sido dejar correr el equivoco provocado por la difusión de una sinopsis precipitada de sus declaraciones a «New York Times». El y su partido podrían haber puesto así en marcha de nuevo la dinámica del doble juego y del frente común contra la «bota opresora». Su reacción inmediata fue, sin embargo, lanzarse a los medios de comunicación y clarificar su posición, precisando además que sus buenos deseos estaban en ese momento empañados por la indignación y el dolor secretario de Estado Josep Meliá terminó de poner anteayer las cosas en su sitio, que le causaban los últimos atentados. El descartando una nueva amnistía, entre otras razones porque «sería una transgresión del contenido formal de los textos constitucionales».

La mejor prueba de que ETA está contra las cuerdas la constituye la peregrina teoría urdida a modo de disculpa tras la triple explosión del domingo. Se trata de una argumentación tan endeble que la discusión que querían suscitar en la opinión pública española sobre si el Gobierno pudo o no pudo impedir los atentados ha quedado trasladada con enorme virulencia a su propio campo, hasta el punto de que, según algunas versiones, la rama «político-militar» está ya prácticamente disuelta.

La versión más explícita del meollo de la trama desplegada ante los informadores en la rocambolesca rueda de Prensa del jueves puede encontrarse en unas declaraciones previas de varios dirigentes etarras al rotativo parisiense «Liberation». «Hemos olvidado un aspecto político capital —explícan—, la división profunda que sobre este tema (el Estatuto de Guernica) reina en el partido gubernamental. Algunos elementos cercanos a Suárez lo consideran indispensable para la permanencia de su partido en el Poder. Otro bloque minoritario en UCD lo rechaza, entre ellos Martín Villa, Cisneros y Rosón. Este último ha querido aprovechar la ocasión para matar dos pájaros de un tiro: desacreditar al mismo tiempo la autoridad de Suárez, demostrando que los estatutos no erradicaron el terrorismo, y la de ETA, probando ante la opinión pública que sus acciones evolucionarán hacia un terrorismo ciego. El silencio de Rosón durante la fatídica hora del pasado domingo se explica con este

Crónica de la semana

● La versión coincidente de media docena de testigos oculares prueba de forma categórica e irrefutable el carácter accidental del incendio del hotel Corona de Aragón

Innoble doble cálculo. Nuestro error ha sido creer en la unidad del partido en el Poder respecto al problema vasco y al Estatuto. En las declaraciones no se precisa si la aportación de Gaby Cisneros a esta conspiración contra Suárez consistió en recibir un tiro en el estómago o en resistirse a morir a consecuencia del mismo.

□ LOS PROBLEMAS DEL «ADIOS A LAS ARMAS»

Toda desmovilización es siempre complicada y penosa. El «adios a las armas» significa en este caso cambiar una vida de francachelas y dinero fácil por un puesto de trabajo en el taller o en la oficina. Puede que haya llegado el principio del fin de los etarras como apunta Jim Markham en «The New York Times», pero la suya va a ser una agonía lenta, plagada sin duda de zarpazos peligrosos. Más que la fotografía de la situación importa, sin embargo, la tendencia de la curva, y cuanto más analizo todos los elementos en juego, más convencido estoy de que la democracia española ha empezado a ganar esta terrible guerra. Pienso, por eso, que ha llegado la hora de la fortaleza, cimentada en la esperanza. Todos, cada uno en nuestro puesto, debemos realizar un esfuerzo serio y responsable para que el Estado consolide su posición ganadora.

Esta llamada a la fortaleza va dirigida a un Gobierno que debe asumir el riesgo que conlleva combatir el terrorismo con medios no convencionales, a unos jueces que tienen que tener el coraje de actuar según los dictados de su conciencia y no según los humanos dictados del temor, a unos empresarios que deben ser conscientes de cuál es el destino de ese impuesto revolucionario tan generalizado y dócilmente abonado, a unos periodistas en la obligación moral de ejercer un sereno autocontrol sobre los centímetros de papel impreso que dedicamos a la difusión de los argumentos terroristas. Es una llamada dirigida, en suma, a esos treinta y cinco millones de conciencias individuales, verdaderos objetivos militares de la guerra psicológica desplegada por la ETA. Que nadie olvide algo tan simple como el recordatorio del «Herald Tribune» de que el terrorismo no tiene otro propósito sino el de aterrorizar. Sólo de nuestra ofuscación y de nuestro pánico puede brotar su victoria. La hora de la fortaleza es por eso la hora de la respuesta fría, sistemática, científica, racional, eficaz y solidaria.

□ LA ÚNICA VERDAD SOBRE EL INCENDIO DEL HOTEL

Buena parte del mal está dentro de nosotros mismos. Es preciso que erradiquemos ese viento de oscurantismo y de enfermiza sospecha que parece haber prendido en algunos sectores conservadores de la sociedad. ¿Cómo es posible que a estas alturas todavía haya numerosas personas que, contra toda evidencia, se declaren convencidas de que lo ocurrido en el hotel Corona de Aragón no fue un accidente sino un atentado, y cómo es posible que órganos periodísticos de cierta difusión alimenten casi diariamente esa teoría? Es terrible pensar que a las víctimas del incendio haya que sumar muchas almas carbonizadas por la duda. Tras las declaraciones de la señora de Meirás he tratado, por eso, de reconstruir con el máximo detalle lo que ocurrió en el hotel aquel jueves 12 de julio.

Poco después de las cinco de la mañana el ayudante de repostería del Corona de Aragón, Carlos Ladrero Canales, se incorporó a su trabajo. Como de costumbre fue

él quien abrió la llave del gas correspondiente a la cocina, situada en un armario empotrado en la misma habitación utilizada por los empleados como vestuario. Al cabo de cierto tiempo fue también él quien encendió las cocinas del obrador de repostería y la cafetería Formigal. En el caso concreto de la freidora de la cafetería reguló el gas a la máxima potencia, pues notó que salía con poca presión, tal y como venía ocurriendo en algunas ocasiones. Como el aceite tarda en calentarse entre media hora y tres cuartos de hora, siguió su costumbre de trasladarse al piso de arriba con el propósito de coger la masa para fabricar los churros y realizar en el intervalo algunos trabajos de repostería. Normalmente son los camareros de la cafetería Formigal quienes le avisan del momento en que el aceite empieza a crepitar. Aquel día no le avisó nadie y fue su jefe quien le ordenó al cabo del rato que bajara. Cuando se dirigió a la cafetería, un botones le explicó que la freidora se había incendiado.

Sobre las ocho y cuarto el camarero Pascual Martín Pellicero vio con sus propios ojos cómo de la sartén brotaba una primera

LA FRASE DE LA SEMANA

RAMON RUBIAL:

«Hay una manera de liquidar a ETA: lo que hizo Francia con la OAS»



llamarada. Casi simultáneamente observó como su compañero en el servicio de barra, Fernando García, intentaba apagar el fuego con un extintor de mano. La gobernanta del hotel, María Emilia Gallego Fanelo, que a la sazón pasaba por la zona de servicio, fue igualmente testigo presencial de cómo la sartén se ponía al rojo vivo y comenzaba a arder, y de cómo los camareros trataban de sofocar el fuego.

□ TRES LITROS DE BAYGON, CUATRO HORAS ANTES

A ellos se sumaron Carlos Ladrero y el botones, Carlos Ladrero contempló cómo las llamas subían hacia el techo, desapareciendo por el interior de la campana extractora. Pudo ver cómo algo ardía también en el suelo, presumiendo que serían manchas de grasa o de pintura. Súbitamente vio cómo las llamas se extendían a gran velocidad por las paredes, ganando el techo del local. Tratando de ayudar a Fernando García y Pascual Martín Pellicero, se ausentó unos instantes en busca de otro extintor. Cuando regresó con él en la mano, pudo apreciar cómo el fuego se había extendido notablemente y cómo las botellas y bombillas de la zona del mostrador empezaban a romperse y a incendiarse. Al darse cuenta de que no podían dominar el fuego, avisaron a conserjería para que llamaran a los bomberos. El grupo de empleados allí reunidos salieron a la calle, siendo testigos de cómo los cristales de la cafetería Piccadilli, situada inmediatamente encima del lugar donde había comenzado el incendio, se abombaban y caían rotos a la calle.

Ocho horas antes de que todo esto ocurriera, el empleado de la empresa de desinsectación CIAPE, don Ramón Muñoz Arroyo, había llegado al hotel con objeto de cumplir una de las cláusulas del contrato firmado dos años atrás por la dirección del Corona y el representante mercantil de CIAPE, don Máximo Mainar Luño. De acuerdo con el compromiso de desinsectar mensualmente algunas dependencias del hotel, el señor Muñoz Arroyo pidió las llaves pertinentes en conserjería y se entregó a su trabajo hasta poco antes de las cuatro de la madrugada. Aunque habitualmente utilizaba el producto Insecon, aquel día empleó Baygon —mucho más fuerte y efectivo— por haberle indicado la gobernanta que últimamente había muchos insectos. El señor Muñoz Arroyo utilizó algo menos de tres litros de este producto. Entre la media docena de dependencias desinsectadas estuvieron las cafeterías Piccadilli y Formigal.

Con todo respeto hacia las opiniones ajenas, pienso que a partir de estos datos quienes sigan insistiendo en la teoría del atentado estarán acusando de falso testimonio a media docena de personas con nombres y apellidos, o sugiriendo que en el hotel Corona de Aragón tuvieron lugar dos incendios el mismo día y a la misma hora: uno accidental y otro provocado. En el primer caso es posible que tengan que vérselas con el juez; en el segundo, habrán de enfrentarse sin duda con el cálculo de probabilidades.—Pedro J. RAMÍREZ.